

## NOTAS PARA UNA SOCIOLOGIA DE LAS CLASES SOCIALES

El sentimiento de clase que, en su complejidad de elementos racionales e irracionales, de contenidos de conciencia y de tendencias procedentes de la estructura psíquica, agota el aspecto subjetivo de la clase social, sólo permite, en cambio, entrever su aspecto objetivo en el punto donde éste anuda con el individuo humano.

Desde esa perspectiva la clase social se nos aparece como resultado de un saber compartido por sus miembros acerca del *nosotros* en que ella consiste. Ahora bien: ¿cuál es el sentido esencial que se desprende, en términos generales, de la experiencia del *nosotros*? La estructura de esta experiencia nos revela en ella una operación diferenciadora practicada con vistas a la reducción y afirmación de la propia personalidad que, antes de alcanzar el *yo*, trata de concretarse, por lo pronto, en vivencias de grupo. La conciencia del *nosotros* aísla al grupo de que formamos parte trazando una divisoria entre nosotros y los demás, mediante la cual comenzamos a adquirir perfil y substantividad frente al resto indiferenciado de lo que existe, del conjunto de los seres humanos. La literatura ha fingido, y a veces con enorme eficacia dramática, casos de amnesia tan completa que aniquila el pasado y borra de la conciencia la continuidad del *yo*: en la línea de fuego, un sol-

dado ha sufrido, por ejemplo, el terrible accidente como secuela de una grave herida, y al restablecerse de ésta ignora todo acerca de sí mismo. No sabe siquiera cual de las patrias en lucha es la suya. ¿Se imagina el alivio que produciría al hombre caído en una situación semejante poder afirmarse siquiera en el marco de una nación; poder decir *nosotros* incluyéndose entre sus miembros? Ello equivale a dejar de flotar en lo amorfo e indeterminado y comenzar a hallarse a sí mismo como participante en un grupo frente a los demás; ello equivale a tener ya una primera respuesta que dar y darse a la pregunta por el propio ser, aunque sea todavía tan poco individualizadora como el enunciado: Yo soy argentino, — o bien: yo soy católico, — o: yo soy obrero, — comunidades todas ellas, la nacional, la religiosa, la de clase, que, con ser tan amplias, diferencian ya fundamentalmente a sus miembros de quienes les son ajenos... Las experiencias del *nosotros* son, en suma, escalones indispensables para alcanzar la noción del *yo*, sin las que sólo sería una sombra dudosa.

Y esto, en una doble dirección. Primero, en cuanto concurren múltiples experiencias del *nosotros* en una sola individualidad, que puede pertenecer al mismo tiempo a una comunidad nacional, a otra religiosa, a otra de clase social, etc. Cada una de estas comunidades es, en sí, independiente de las demás y no se presentan agrupadas en series; de tal modo que el argentino puede ser católico, o protestante, o mahometano, etc.; obrero, o burgués. El católico puede ser argentino, o francés, o chino, etc; obrero, o burgués, o campesino, etc. El obrero, argentino, o inglés, o italiano, etc.; católico, o protestante, etc. Y cada una de las infinitas experiencias del *nosotros* puede servir de punto de apoyo a la persona individual frente a otra cualquiera de las comunidades a que pertenece, y que, con su tendencia natural a la exclusividad, amenace diluir y esfumar el yo irreductible incluido en ella. Claro está que esta concurrencia de diversas experiencias del *nosotros* — en cuanto implican comunidad de vida y de desti-

no — son, al mismo tiempo que condición del individualismo típico de la civilización occidental, ocasión de frecuentes conflictos que han torturado con exceso a las almas poniéndolas ante profundas colisiones de deberes — pues los respectivos cuadros sociales se aparecen al individuo inserto en ellos imponiéndole los correspondientes cuadros valorativos, que él capta como sistemas de normas. Y así toma enseguida el aspecto de caso de conciencia y vacilación entre deberes opuestos cualquier conflicto, por ejemplo, entre Religión (o Iglesia) y Estado, entre clase social y Nación. Pero con esto resulta que, en toda sociedad algo compleja, la concurrencia de diversas experiencias del *nosotros* sobre un mismo sujeto humano destaca su individualidad frente a las pretensiones absorbentes de cada una de ellas.

También en una segunda dirección se alcanza la noción y la experiencia del *yo* a través de la conciencia de los *nosotros*. La pertenencia a una comunidad determina un desdoblamiento de la actitud del individuo para con los demás miembros del grupo según que actúe o no la representación de los ajenos. Frente a los demás se produce una solidaridad cerrada de quienes comulgan en un *nosotros*, solidaridad que no se actualiza sino en función del exterior. Hacia dentro se producen siempre nuevas diferenciaciones, mas o menos transitorias y débiles, hasta llegar a la diferenciación última del *yo*, que pone fin en el terreno social — aunque no en el psicológico — a la serie de desdoblamientos. Cada día pueden observarse, lo mismo en naciones que en familias, tensiones internas de discordia, un encono de banderías que desciende hasta lo minúsculo, un ánimo de aguda hostilidad — situación que cesa de modo automático en presencia de extraños para convertirse en una solidaridad estrechísima tan pronto como se trata de los intereses de la comunidad. Y este es el mecanismo propio de toda experiencia del *nosotros* en tanto que conserva su cohesión la comunidad fundada en ella.

Por él puede advertirse bien de qué manera alcanza consistencia la conciencia del *yo* estribando en las formas sociales

captadas y vividas por el hombre como experiencias del *nosotros*. Pues nunca se habrá insistido bastante acerca de este hecho: la contraposición "individuo-sociedad" en que se ha debatido la Sociología de manera tan infecunda durante mucho tiempo es una contraposición inepta y falsa tan pronto como se le quiere dar un alcance de realidad; sólo es lícita como juego de conceptos; en la realidad ambos términos se implican esencialmente con reciprocidad perfecta. Ciertamente que el momento de la intimidad del individuo recogido sobre sí mismo expresa lo humano más valioso y específico; pero ese momento representa, al mismo tiempo que el ápice de la individualidad, la culminación de lo social. Si la soledad humana tiene resonancias tan patéticas es porque en ella se cosechan los jugos más sabrosos y depurados de la cultura, — de otro modo sería inexpresiva y vacua, como la soledad de la bestia — : el hombre que perfecciona su personalidad aspirando a esferas transcendentales, sólo consigo mismo, lleva dentro de su alma las esencias de la sociedad a que pertenece, — y esto es lo que lo hace hombre —. Por eso no debe entenderse aquí "soledad" en contraste con "sociedad"; como alguien ha querido dar a entender abusando de un equívoco, sino en contraste con "compañía" sobre el supuesto de la sociedad, que no es una realidad separable del individuo, sino inmanente a él. A su propia realidad personal pertenece la comunidad de vida y de destino o, mejor dicho, la pluralidad de tales comunidades en que se encuentra inserto mediante sendas experiencias del *nosotros*. Y percibe, por ejemplo, la clase social como una parte esencial de su propia realidad a la que no podría sustraerse aunque quisiera y a la que normalmente no quiere de hecho sustraerse, pues un tal empeño supondría tanto como negarse a sí mismo y destruirse en parte mediante una dolorosísima desintegración.

Por eso el sentimiento de clase, cuyo aspecto negativo sería el espíritu de exclusión con que se afirma el grupo frente a los que le son extraños, presenta como lado positivo una adhesión poderosa e incondicional del individuo a su clase,

adhesión que, incluso por parte de los miembros de clases subordinadas y aún oprimidas, se manifiesta en la forma de altivez y digna resistencia a toda promiscuidad. Podrá haber ahí, a veces, algo de resentimiento y reacción defensiva, la compensación psicológica de la situación desfavorable; pero hay también y sobre todo la intuición de un destino propio, intransferible — más o menos afortunado o desdichado, pero, en todo caso, intransferible y propio, al que no puede renunciarse sin abandono de la personalidad misma. . . . Esa conciencia de la comunidad de vida y de destino es lo que mantiene a cada clase social apretada en sí, coherente, unida por un lazo de fidelidad radical que, en último término, responde al instinto de conservación: pues se trata de conservar la integridad de la persona individual dentro de sus estructuras psíquicas fundamentales, y se trata también de conservar las estructuras sociales que son molde de aquellas y condición de las vidas que discurren por su cauce. Pues en el fondo de todo conservadurismo social anida el ansia de autoconservación personal, como en el fondo de la psicología revolucionaria, en cuanto tal, anida la tendencia opuesta, la tendencia a la auto-destrucción.

---

En el complejo objetivo-subjetivo de la clase social el conocimiento que el sujeto tiene de su adscripción requiere la correspondencia de una situación efectiva constituida por el general reconocimiento y anuencia. La sola voluntad, y aún la convicción firme, pero errónea, del sujeto son insuficientes para fundar la situación misma. ¿Quién no ha tropezado alguna vez con esos casos penosos en que una anomalía cualquiera de la psique, manía de grandezas o espíritu impostor, conduce a determinadas individualidades hacia formas de mimetismo social, a la simulación del *status* de determinada clase y, lo que más importa, a la convicción subjetiva de pertenecer a ella? El lamentable espectáculo de su fracaso al tratar de adaptarse desde fuera a las modalidades de la clase en cuestión sin lograr penetrar en su seno, como los chiquillos que

se alinean durante un trecho con las tropas que desfilan por el pueblo indiferentes a esa inoperante incorporación, comprueba la necesidad del general reconocimiento.

---

Aun cuando consista en un contenido de conciencia compartido, la clase social — formación cuya trayectoria histórica abarca holgadamente la duración de cualquier vida humana — presenta una firme substantividad objetiva, como soporte inexcusable de esa conciencia. Pensemos en los ensueños de adolescencia con que, por ejemplo, precoces lectores de novelas históricas se fraguan un mundo donde ellos actúan como personajes pertenecientes a una clase social ya desaparecida: aquí no hay correspondencia entre el mundo de las representaciones subjetivas y el de la realidad. El soñador distingue bien las dos esferas y sabe que, a lo sumo, sólo en la fugaz convención de los juegos muchachiles, mediante la fingida anuencia de otros, puede tomar su fantasía alguna sombra de consistencia. Cuando esta se sobrepone a la realidad nos encontramos ya en los territorios de la demencia: es Don Quijote viviendo su caballería medioeval en plena Edad moderna... Estas fugas subjetivas hacia clases sociales del pasado nos advierten de cómo necesita tomar cuerpo y estructura histórica en una comunidad viva la experiencia del *nosotros* y el dato de conciencia.

---

Ni se ingresa en una clase social por puro acto de voluntad, ni tampoco se puede salir de ella por una decisión propia, para transmigrar a otra, pues la clase social a que se pertenece ha configurado la persona individual en las más íntimas estructuras de su alma. Por eso, un tránsito de clase social verificado en el curso de una vida humana produce desequilibrios y perturbaciones incalculables en ella, cualquiera que sea la causa y la dirección del cambio.

No ha sido infrecuente, por ejemplo, el caso de una delibada incorporación a una clase social inferior a la originaria por motivos de carácter ideológico, sobre todo en función del

pensamiento revolucionario de la lucha de clases. El contraste entre los comportamientos derivados de la clase de origen con los propios de la clase buscada ofrece ocasión frecuente a la sátira, y desde el campo adverso no ha dejado de ser aprovechada en todas partes.

También los frecuentes fenómenos de *desclasificación* producidos en nuestro tiempo con el carácter súbito que es propio de las épocas de crisis ha consentido la comprobación fácil de como, en el fondo del ser humano, en la estructura de su psique, hay algo anidado que lo vincula a su clase y que lo sigue caracterizando, como al sacerdote sus órdenes, a pesar de la desconexión que ha experimentado de ella. Cuando el movimiento de las clases tiene el ritmo de las épocas normales, acompasado a la sucesión de las generaciones, no se produce semejante desarreglo, que, por el contrario, es muy visible y notorio en los movimientos súbitos. Piénsese en la actitud general de la pequeña burguesía descendida, proletarizada en la Post-guerra de la conflagración de 1914-1918: esas masas desclasificadas se han mostrado ciegas para su nueva situación, agravando aún su miserable destino al negarse a aceptarlo de modo pleno y tratar de aferrarse con desesperación a su clase de origen. La inverosímil y dolorosa conservación de las apariencias — indumentaria, costumbres — de la burguesía, coincide en ellas con una fidelidad vigorosísima a las ideologías burguesas, sobre todo al radicalismo liberal, pudiendo señalarse también, según países, una conjunción con el socialismo aburguesado, para servir por último de materia e instrumento a los movimientos totalitarios.

En los dos ejemplos citados, tan distintos por lo demás en su sentido, hay una nota común que pudiera autorizar una interperitación de esa lealtad a las formas de vida burguesa por estímulos psicológicos ajenos a la impronta gravada en el alma por la clase de origen. Esa coincidencia consiste en que el cambio de clase es, en uno como en otro caso, en dirección descendente. Y si la pequeña burguesía proletarizada se resiste instintivamente a interpretar su cambio de situación como

otra cosa que un simple accidente pasajero y superable, también los burgueses que, por motivos ideológicos, se pasaron a las filas del proletariado no sólo conservaron los rasgos capitales de la burguesía, incluso en su estilo mental, sino que también contribuyeron a dar una tonalidad burguesa al movimiento obrero dirigido por ellos. ¿En qué medida deberá atribuirse esto a la atracción de los valores dominantes en la sociedad, al *ethos* normativo de la clase que ocupa la cabeza de la jerarquía social?

Pero, en cambio, el fenómeno paralelo e inverso del ascenso repentino de clase, tal como una vez más se ha repetido en la Historia después de la pasada gran guerra en condiciones considerables, ve transformado aquel inconveniente en un estímulo para la adaptación, ya que el cambio se ha producido en sentido ascendente; y sin embargo la persistencia de las formas originarias en el sujeto es un hecho de tanto relieve que constituye la materia de una parte importante de la sátira y caricatura contra “los nuevos ricos” que tan copiosa ha sido durante dos decenios en todo el mundo. Sería interesante para la Sociografía reunir y clasificar ese material, donde se apunta con frecuencia a lo profundo del fenómeno; pero en todo caso puede suponerse que cabe atribuir a ese aluvión llegado a la burguesía algo de la pérdida del espíritu de esta clase y de la formación de la mentalidad de “masas”.

FRANCISCO AYALA